

MENSAJES DEL SÍNODO

1.- MENSAJE A TODOS LOS DIOCESANOS

Nos dirigimos a todos los hombres y mujeres bautizados de nuestra Diócesis, que viven en La Gomera, El Hierro, La Palma y Tenerife.

Después de varios años de cuidada preparación, en los que más de mil grupos sinodales, en un clima de oración, reflexión y estudio, sugirieron múltiples iniciativas y propuestas para el futuro de nuestra Diócesis, los participantes en la Asamblea Sinodal, presididos por nuestro Obispo, hemos dedicado intensas jornadas de trabajo en las que, aparte de elaborar un amplio elenco de conclusiones operativas, hemos vivido una profunda experiencia de comunión humana y eclesial.

Con la ayuda del Señor, el Sínodo ha llegado a su fin y el itinerario seguido se plasma ahora en un conjunto de “Propuestas Pastorales” que los cristianos de nuestra Diócesis, en el nombre del Padre, con la ayuda del Señor y la luz del Espíritu, y bajo guía pastoral de nuestro Obispo, deseamos convertir en vida al servicio de todos los que viven en nuestras islas.

En las puertas del Tercer Milenio Dios nos ha regalado la gracia de un Sínodo Diocesano. Ha sido y sigue siendo una oportunidad única para analizar nuestra realidad eclesial y social, para reconocer y corregir errores,... para acometer con renovado empeño la misión siempre nueva de seguir con fidelidad a Jesucristo y de anunciarlo a Él y su Evangelio a las gentes de nuestra tierra.

Reconocemos que no siempre hemos practicado con nuestras obras lo que predicamos de palabra. A nadie se le oculta que, más de una vez, ni las familias, ni los jóvenes, ni los religiosos y ministros ordenados que firmamos este mensaje somos ejemplos convincentes de buenos cristianos. Pero no sería justo negar que, entre los miles de cristianos de la Diócesis, son muchos los que calladamente traducen la fe en su conducta y siguen con sencillez la voluntad del Señor. Como tampoco podemos olvidar que el tesoro

de la fe siempre lo llevamos en esa vasija de barro que somos nosotros y que “no nos predicamos a nosotros mismos” sino a Jesucristo, el único plenamente fiel a la voluntad del Padre y al que tenemos que anunciar a pesar de nuestros defectos.

Conscientes de nuestra realidad, anunciamos públicamente nuestro compromiso de renovación y fidelidad: queremos ser mejores cristianos. Un compromiso sincero que quisiéramos fuera también el de todos los diocesanos. Deseamos seguir al único Señor Jesucristo, en Quien creemos y a Quien amamos, y sentimos la urgencia de testimoniar su Evangelio en esta sociedad de la que formamos parte, con el deseo de servirla y renovarla en todo aquello que favorezca la dignidad y desarrollo integral de las personas.

Ésta tarea no es fácil, ciertamente, pero tampoco podemos concluir que las dificultades y los problemas que nos afectan son insuperables, como si la gracia de Dios y la acción pastoral fueran impotentes ante ellos. Los cristianos creemos que en Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte, todos los males se pueden vencer. *“Fiel es el que nos llama y él es quien lo hará”* (1Tes. 5,23). Por eso, estamos convencidos y tenemos la esperanza de que si todos los diocesanos, confiados en el Señor y contando con su ayuda, nos empeñamos en llevar a la práctica los tres objetivos de nuestro Sínodo, Renovación, Comunión y Misión, con toda seguridad estaremos contribuyendo a construir esa nueva sociedad que todos deseamos y necesitamos.

El Sínodo ha valido y vale el esfuerzo que hemos realizado en todos los sentidos. Ahora se nos pide que seamos fieles a las disposiciones sinodales que finalmente el Obispo ratifique con su autoridad. El Sínodo en sí es como una semilla que se siembra en la Diócesis, en todos los diocesanos, de los cuales se espera que sean como aquella “buena tierra” de la parábola del Evangelio en la que la semilla produce fruto. Estamos convencidos de que el camino emprendido por el Sínodo puede conducirnos al objetivo que a todos nos debe preocupar: que nuestra Iglesia Diocesana Nivariense sea una comunidad viva en la que resplandezca el rostro de Cristo luz de la gentes.

La aplicación del Sínodo va a exigir cambios no sólo en las estructuras sino también en las personas que formamos la diócesis. Es necesario que todos estemos atentos y abiertos a los caminos nuevos que el Espíritu quiere abrir entre nosotros. El “vino nuevo” que es Cristo siempre necesita “odres nuevos”, como la Virgen María, para “encarnarse-manifestarse en la historia humana”.

Que María, la madre del Señor y la madre de la Iglesia, que participó activamente en la Historia de la Salvación viviendo con fidelidad “el antes, el durante y el después de Cristo”, sea siempre para nosotros testimonio y estímulo de cómo hay que vivir siendo protagonistas-servidores en la obra de la salvación que Dios quiere realizar en la historia de nuestra Iglesia Diocesana.

A todos les invitamos a vivir juntos la feliz aventura del seguimiento de Jesucristo. Él es el único que salva. Creemos que en Jesucristo, rostro humano de Dios, está la luz y el camino que conduce a la plenitud de la existencia humana; por eso, Él es nuestra esperanza, nuestra vida para siempre. *“Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, pues quien nos ha hecho la Promesa (Cristo) es digno de fe. Procuremos estimularnos unos a otros para poner en práctica el amor y las buenas obras”* (Heb 10,23-24).

2.- MENSAJE A LOS MISIONEROS Y MISIONERAS DE NUESTRA DIÓCESIS

Saludamos con todo afecto a nuestros misioneros y misioneras, sacerdotes, consagrados, consagradas y seglares que, lejos de nuestra tierra, entregan su vida para llevar la Buena Noticia de Jesucristo en los distintos continentes, particularmente en los países de Iberoamérica.

Fue aquí, en nuestra Diócesis, en nuestras familias y en nuestras parroquias, en nuestras catequesis y en nuestros colegios, donde ustedes comenzaron a vivir aquella experiencia maravillosa que nos cuenta el Apóstol San Juan, y que ha dado y sigue dando sentido a toda vocación misionera: *“lo que hemos visto y oído, lo*

que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida -pues la vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó- lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también ustedes estén en comunión con nosotros, y nosotros estemos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo” (1Jn 1,1-4).

Es un orgullo para toda la Diócesis que algunos de sus hijos estén poniendo en práctica el mandato del Señor: *“Id al mundo entero y anunciad el Evangelio”* (cf. Mt 28,18-20). Su vida y su misión son una riqueza para nuestra Iglesia Diocesana y, al mismo tiempo, una llamada y estímulo permanente para nuestra responsabilidad misionera.

No les olvidamos; ustedes están presentes en nuestra oración y son parte integrante de lo que nuestra Diócesis hace por mantener viva la comunión con todo el esfuerzo misionero de la Iglesia.

Esperamos seguir contando con su oración, particularmente ahora que, con la celebración del Primer Sínodo, nuestra Diócesis quiere adentrarse en el Tercer Milenio con la firme decisión de renovarse en las personas y en las estructuras, de crecer en la comunión eclesial y de intensificar su misión evangelizadora.

3.- A NUESTRA DIÓCESIS HERMANA DE CANARIAS

Al finalizar el Primer Sínodo Diocesano de nuestra historia, con calor fraternal, deseamos al Obispo y diocesanos de la Diócesis hermana, el gozo, la paz y el amor de parte de Nuestro Señor Jesucristo.

Queremos compartir con todos ustedes, en este histórico momento, la alegría de estar unidos en una misma fe, de pertenecer a la Iglesia de Cristo, de haber recibido juntos el regalo del anuncio misionero, de haber crecido como hermanos en la misma

vida cristiana y de habitar en unas tierras con similares esperanzas, gozos y dificultades.

Revivimos, en esta hora providencial, nuestra historia común de fe vivida durante siglos, formando una misma Iglesia Diocesana. Una historia común marcada por el quehacer de tantos misioneros y Obispos que recorrieron nuestras Islas sembrando los valores evangélicos. Comunes son los signos visibles de esta siembra, como por ejemplo, la Cruz plantada en nuestros caminos y montañas y la presencia de María, la Madre de Dios y Madre nuestra, en todas nuestras Islas. Especialmente queremos revivir los seis primeros Sínodos, patrimonio de las siete Islas, por lo que ellos representaron en la maduración de nuestra fe y en afianzar sus raíces en nuestras tierras.

Valoramos también, en este momento de gracia del Señor, los múltiples logros pastorales que hemos cosechado juntos, como fruto de las mutuas relaciones fraternales entre nuestros Pastores y los organismos diocesanos a partir del siglo XIX.

De manera especial, deseamos celebrar en estas fechas la hermosa realidad del reciente Sínodo vuestro, y éste primero nuestro, que estamos clausurando. Celebramos gozosamente, como hermanos, el que en ambos Sínodos haya resonado la necesidad de potenciar un trabajo común que responda a unas necesidades comunes y de una mayor colaboración en todos los ámbitos, dentro del respeto a las peculiaridades propias de cada diócesis bajo la guía de los respectivos pastores.

Estos dones de Dios a nuestras Iglesias nos reafirman gozosamente en las mutuas relaciones existentes y nos animan a potenciarlas. De un modo especial, todos estos regalos de Dios Nuestro Padre, ayudan a nuestras Iglesias en su vocación de ser en nuestras Islas signos e instrumentos de unidad, como *“un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (LG 4), y a proclamar con el testimonio que *“La Iglesia, vivificada por el Espíritu, resplandece como signo de la unidad de todos los hombres, da testimonio del amor de Dios en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza”* (Plegaria Eucarística V. d).

4.- MENSAJE A LOS CATÓLICOS ALEJADOS DE LA IGLESIA

Al concluir el Sínodo de Nuestra Diócesis Nivariense, saludamos a todos nuestros hermanos que se han ido alejando de la práctica de la fe cristiana y se han desvinculado de la Iglesia. Les invitamos a que se acerquen de nuevo a Jesucristo liberador y salvador. Deseamos se unan a la comunidad de Cristo presente en nuestra Iglesia porque proclamamos nuestra fe en Jesucristo y estamos dispuestos a revelar su rostro. Compartimos sus esperanzas, deseos y anhelos en esta vida y esperamos que un día podamos compartirlas juntos desde la misma fe en Cristo Redentor y Salvador.

Dios nos ama a todos, incluso cuando le olvidamos o no le tenemos en cuenta. Es más, cuando nos alejamos de Él, nos busca con pasión, como nosotros buscamos aquéllo que queremos y hemos perdido. Por propia iniciativa, *“quiso Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido por su gran amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía”* (DV 2).

Como el mismo Cristo se acercó al hombre concreto en su situación social y religiosa propia para anunciarle el mensaje de las bienaventuranzas, es misión de la Iglesia acercarse igualmente a cada hombre en su situación concreta, para llevarle la liberación integral a través del Evangelio. Nuestra Iglesia, en el primer Sínodo de su historia, ha constatado con preocupación el gran número de alejados existentes en la misma (muchas veces por cosas anecdóticas o de poca importancia), y quiere desde la humildad, enviar un mensaje de esperanza a todas esas personas que, también por nuestra culpa, se han ido alejando de la práctica de la fe. Quisiéramos compartir con todos ustedes nuevamente el gozo de conocer y seguir a Jesucristo, porque es misión de la Iglesia y del cristiano anunciar la buena nueva del reino de Dios en todas las gentes. Así

se lo encomendó Jesús a los Apóstoles y así nos lo sigue encomendando hoy también a los cristianos.

La Iglesia, que es la continuadora de Cristo en la historia, quiere acercarse a ustedes con una mirada creyente, confiando en el amor del Señor que no vino a condenar sino a dar vida abundante. Del mismo modo, desea incorporar a Cristo a todos los hombres sin excepción, porque Cristo es el camino del hombre. Desde Nuestra Iglesia, ofrecemos la riqueza insondable de Cristo y ponemos a disposición del hombre el Evangelio como luz que ilumina los problemas e interrogantes que plantea la existencia humana. Es al hombre en toda su integridad social e histórica, a quien va destinada la Palabra y la Gracia de Dios.

Somos conscientes de nuestras limitaciones y de nuestros defectos. Sin embargo, deseamos sinceramente que la coherencia fe-vida se realice plenamente en nosotros y de ese modo ofrecérsela también a ustedes.

Nuestra Iglesia, a través del Sínodo, nos invita a vivir otra vez juntos la alegría de seguir a Jesucristo. Él es el Camino, la Verdad y la Vida que nos conduce a la plena existencia. En Él está depositada toda nuestra esperanza. Que el mismo Señor, realice en ustedes y en nosotros todas sus obras.

5.- MENSAJE A LOS NO CREYENTES

Hermanos no creyentes, la Iglesia Diocesana de Tenerife ha celebrado el primer Sínodo de su historia. Nos hemos revisado a la luz del Evangelio. Por eso, al concluir nuestra reflexión, los miembros de la Asamblea Sinodal, les saludamos desde la fe. Y lo hacemos fraternalmente porque, de lo contrario, no podríamos invocar a Dios, Padre de todos los hombres, creados a su imagen y semejanza.

Somos conscientes, además, de que creyentes y no creyentes estamos generalmente de acuerdo en que todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de

todos ellos. Asimismo, aspiramos y trabajamos juntos por una sociedad canaria más humana, más justa, más solidaria y más fraterna; y que unos y otros, desde la humildad intelectual y existencial, busquemos el sentido profundo de la vida que compromete toda la persona.

Es cierto que la respuesta de los no creyentes y de los creyentes es distinta porque los que vivimos desde la fe hallamos la solución humana a nuestros interrogantes profundos en el Misterio de Dios, y quienes no viven desde la fe se responden humanamente al margen del Misterio.

Ésta es nuestra identidad: ser testigos de la verdad cristiana en una época de búsqueda e incertidumbre. Los cristianos confesamos que en Jesús de Nazaret se ha encarnado nuestro ideal humano que pensamos es el ideal soñado por toda la humanidad. En el corazón de Dios tenemos, creyentes y no creyentes, nuestro hogar definitivo porque la salvación de Dios anida en todo aquél que busca la verdad: salvación como amor que reconcilia y reconoce, que hace posible la esperanza y rompe los círculos del odio y la violencia.

A través de Jesucristo, Dios no sólo habla al hombre sino que, también, lo busca para que el hombre lo pueda encontrar. De ahí que Jesucristo nos libere y salve potenciando todas las capacidades humanas que propician el encuentro con Dios desde la fe.

En actitud de colaboración, queremos caminar con ustedes, evitando cualquier sombra de intolerancia, pero sin renunciar, con humildad, a la dimensión pública de la fe. En esta comunidad de creyentes donde, -dada nuestra condición humana- convivimos santos y pecadores, comprendemos que haya reacciones de rechazo frente a algunas actitudes incoherentes de sus miembros que sin duda afectan a la misma comunidad eclesial.

Por eso nos hemos revisado. Hemos orado y pensado en ustedes para que, en medio de las dificultades que pueden impedir el acceso a Dios, nuestro testimonio de vida pueda invitarles al reconocimiento del amor de Dios Padre, revelado por Jesucristo.

Finalmente, nos dirigimos a ustedes desde una actitud de respeto y de estima, que pretende el encuentro, ofreciéndoles lo que tenemos: a Jesucristo Salvador; sabiendo de antemano que Dios ha dejado al hombre la decisión última de su destino, para que si lo desea, se adhiera libremente a Él y alcance la plena perfección y bienaventuranza.

6.- MENSAJE A TODAS LAS FAMILIAS DE NUESTRA DIÓCESIS

Queridas familias: A ustedes nos dirigimos no como a gente extraña, sino como a aquéllos que nacieron también fruto del amor de un hombre y una mujer que supieron entrelazar sus manos para siempre y vivir abiertos a la vida que les llegaba como puro don del Creador.

A ustedes nos dirigimos como “Invento de Dios”, de un proyecto pensado por Él como signo de amor y modelo de todas las convivencias humanas.

Y lo hacemos porque queremos afirmar, una vez más, que la familia, a las puertas del Tercer Milenio, tiene futuro a pesar de todas las nubes que se extienden por el horizonte y que causan dolor y sufrimiento en nuestras familias.

Necesitamos familias que, en medio de una sociedad competitiva y fría, sean remanso de amor y fidelidad, donde cada persona sea valorada por sí misma y no considerada como un número de una cadena.

Necesitamos familias abiertas a los otros donde se comparta el pan cotidiano del diálogo, la convivencia e incluso los bienes. En la que cada uno se sienta aceptado y amado y esté dispuesto a aceptar y amar al que tiene a su lado.

Necesitamos familias que defienden sus derechos y su participación en la vida pública y política.

Necesitamos familias cristianas en las que Dios sea acogido y se cuente con Él, en las que el Sacramento del Matrimonio sea la

fuerza motora de su actividad y que tengan un protagonismo auténtico en la comunidad diocesana, estando presentes en ella como Iglesia doméstica, participando en los diversos organismos y actividades.

Necesitamos familias que se atrevan a educar en valores a sus miembros y a defenderla cuando sean atacados sus derechos o silenciada su realidad.

Necesitamos familias...

Pero sobre todo, se necesita gente dispuesta a hacer del hogar en el que vive una casa de puertas abiertas, sin ilusiones utópicas, conscientes de que esto no es tarea de un día sino del esfuerzo de toda una vida.

Personas que sepan poner alma y corazón en el proyecto más ilusionante de su historia, hacer de sí, y de los suyos, el espejo en el que Dios se manifiesta al realizar sus dos obras más hermosas: dar la vida y generar el amor.

A las puertas del Tercer Milenio, les invitamos a proclamar en alta voz que es cierto: ¡La familia tiene futuro!

Cuanto hemos reflexionado en el Sínodo así lo creemos y deseamos trabajar junto a ustedes para que esto sea, cada día, una hermosa realidad al servicio de Dios y de los hombres.

7.- MENSAJE A NUESTROS NIÑOS

Los miembros sinodales de las cuatro Islas de Nuestra Iglesia, unidos a don Felipe nuestro Obispo, al final del Sínodo y con mucho afecto, quieren tener presentes a los niños de La Gomera, El Hierro, La Palma y Tenerife. En el Sínodo, hemos pensado y orado por todos los niños, con el deseo de presentarles a Jesús, el amigo de todos, especialmente de los pequeños. Él siempre escuchó a los niños, defendió a los niños y dijo que todo lo grande y hermoso que tiene el Padre Dios es para los niños. Él pidió a todos que confiáramos como niños en el Dios que es Padre.

El Sínodo en todos sus trabajos, especialmente al hablar de la familia, de la educación religiosa, catequesis y celebraciones de la Iglesia, pensó en ustedes. No hemos querido olvidarles para ser fieles a Jesús, el mejor amigo de todos ustedes.

Queremos una Iglesia, donde los niños conozcan, amen y sigan a Jesús y sean protagonistas. Por eso, también, en nombre de Jesús, les decimos: conozcan, amen y sigan a Jesús, y denlo a conocer a todos los niños. Con Él, seremos mejores hermanos los unos de los otros, y nos ayudaremos más, porque seremos menos egoístas. Jesús nos hará más felices.

Les recordamos y les pedimos también, en nombre de Jesús, que quieran a todos, especialmente a los padres y madres, a la familia y a todos aquéllos que se preocupan de su educación y les enseñan a ser buenos amigos de Jesús.

Nuestra Iglesia quiere dar a todos los niños, lo más valioso que tiene, el mejor regalo entre todos los regalos, JESÚS. ¡Ámenlo! ¡Él les quiere! ¡Jesús es el gran amigo!

8.- MENSAJE A LOS JÓVENES

«A vosotros jóvenes porque sois fuertes...»

(1 Jn 2,14).

«La Iglesia os mira con confianza y amor... sed generosos y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores»

(Mensaje del Concilio Vat. II a los jóvenes)

«No tengan miedo, ábranse a Jesucristo»

(Juan Pablo II).

Nuestra Diócesis al finalizar el primer Sínodo de su historia, quiere dirigirse a todos los jóvenes de uno y otro sexo, de La Palma, La Gomera, El Hierro y Tenerife, para decirles:

Ustedes son el presente y el futuro de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia. Les queremos.

Somos conscientes de que a ustedes les afectan especialmente algunos de los problemas de nuestra sociedad, pero confiamos en las posibilidades y en la capacidad que tienen los jóvenes para construir un mundo mejor para todos.

La Iglesia Diocesana quiere poner todos los medios a su alcance para que en esta sociedad, que ustedes están llamados a construir, se respete y promueva cada vez más la dignidad, la libertad, los derechos y el desarrollo integral de las personas.

Para ello, la Iglesia necesita y espera que ustedes:

- * Se formen para crear una familia en la que se viva el valor de la persona y que esté abierta al amor de Dios en todos los caminos.
- * Cultiven actitudes como la participación, la solidaridad, la humildad y la fraternidad.
- * Opten por la formación profesional y el trabajo como servicio a la sociedad.
- * Usen el dinero de forma responsable, austera y solidaria, y tengan actitud crítica ante este sistema económico tan injusto, que busca el consumo creando pobres y paro.
- * Se comprometan en la defensa de la vida, de la naturaleza y del medio ambiente.
- * Busquen el diálogo y la tolerancia, evitando cualquier tipo de violencia.
- * Vivan la sexualidad responsablemente y siempre desde el amor, según el Evangelio.
- * Tengan una arraigada creencia en Dios Padre bueno revelado en Jesucristo.
- * Vivan la fe en la Iglesia y en la celebración de los Sacramentos, y tengan una actitud crítica confesante y misionera, siendo evangelizadores en sus ambientes.

Nuestra Iglesia Diocesana se compromete a fomentar estos valores y les ofrece como amigos una cálida acogida comprometiéndose con ustedes a trabajar:

- * Para salir al encuentro de tantos jóvenes que sufren el paro, la droga, la cárcel, la enfermedad,... buscando y promoviendo soluciones.
- * Por una Iglesia que tenga presencia definida y clara en los ambientes juveniles.
- * Para que ustedes sean protagonistas y, a la vez, corresponsables en nuestras Parroquias.
- * Para que tengan ustedes un proceso de formación cristiana donde se integre la fe y la vida, mostrándoles la riqueza vocacional, así como valorando y animando a tantos grupos y movimientos que existen en nuestra realidad diocesana.
- * Para que vivamos la comunión desde una coordinación y articulación de la pastoral de juventud.
- * Para que mejoren las celebraciones, las catequesis, las convivencias, las relaciones entre todos...
- * Para aumentar los medios, el tiempo, los lugares y personas preparadas que ayuden a los jóvenes, poniéndolos a disposición especialmente de aquéllos que más alejados están de nuestra Iglesia.

Con la ayuda de Dios creemos que todo esto es posible. A Él confiamos esta tarea en las puertas del Tercer Milenio, en bien de nuestra Iglesia y sociedad canaria.



9.- MENSAJE A LOS MAYORES

Saludamos con afecto a las personas mayores. Tienen ustedes una sabiduría que transmitir, una experiencia y una cultura que comunicar, una tolerancia y paciencia que enseñar y, en no pocos casos, el testimonio de una fe recia.

Sabemos que existen muchos ancianos que sufren abandono, soledad, marginación... situaciones sociales injustas que el Sínodo ha tenido muy en cuenta.

En esta etapa de la vida queremos invitarles a que sigan siendo miembros activos de la sociedad y de la Iglesia. Asuman con “nuevos modos” este momento de su vida donde tanto nos pueden seguir aportando. Es tiempo, por ejemplo, para:

- * comprender y valorar mejor las experiencias vividas,
- * seguir progresando humanamente,
- * enriquecerse espiritualmente, conociendo y viviendo más profundamente el encuentro con nuestro Señor Jesucristo, en la oración personal y comunitaria, viviendo intensamente la liturgia,
- * abrirse y hacerse disponibles a los demás en distintos servicios apostólicos y acciones de voluntariado,
- * educar en los valores y en la fe a hijos y nietos,
- * ser vehículos de unión y reconciliación familiar,
- * ser lazo de unión entre generaciones,
- * dar testimonio de amor fiel, de entrega generosa y de esperanza en el más allá de la vida,
- * ayudar a otros mayores y ancianos a convertir sus últimos años en tiempo de plenitud y de realización y de preparación para el encuentro definitivo con Dios

¡Tienen ustedes una misión que cumplir!. Estamos llamados a ser siempre vida en crecimiento, desde la primera chispa de la

existencia hasta el último respiro. A toda edad se puede crecer. No hay edad de jubilación para cumplir la voluntad de Dios que nos quiere santos y con las manos siempre abiertas para dar.

Nuestra Iglesia, en Sínodo, quiere comprometerse con una pastoral específica para los mayores, contando con la disponibilidad, la sabiduría y la vida de fe de nuestros mayores. La Iglesia confía en ustedes.

10.- MENSAJE A LOS POBRES, A LOS ENFERMOS Y A TODOS LOS QUE SUFREN

El Sínodo quiere tener un mensaje especial para todos ustedes, hermanos y hermanas que sufren, visitados por tantas formas de dolor. La Iglesia de Jesucristo en estas islas les manifiesta su amor de predilección. Nuestra Iglesia, en Sínodo, se ha preguntado cómo les puede servir mejor, cómo les puede llevar el mensaje de liberación de Jesucristo, cómo puede contribuir a la promoción integral de tantos hermanos y hermanas cuya imagen está ensombrecida y escarnecida, cuya dignidad y derechos, en muchos casos, están siendo negados.

A ustedes los enfermos y discapacitados que experimentan especialmente el dolor, la impotencia, la desesperación y el sufrimiento, les recordamos que Dios es “amigo de la vida” (Sab 2, 26). A Dios no le agrada verles sufrir y quiere manifestarse en cada lágrima derramada.

Hay un sufrimiento que tiene sus raíces en nuestra limitación humana, que crece en la fragilidad biológica, psíquica y moral, pero también estamos orientados hacia la plenitud, hacia la participación en la propia vida divina (Rom 8, 22-23). Jesucristo combatió el sufrimiento que se esconde en la enfermedad, en la soledad, en la desesperanza o en la muerte. Él no suprimió el sufrimiento y tampoco ha querido desvelar su misterio: lo tomó sobre sí haciendo posible que, nosotros, asumiéndolo con un valor corredor, esperemos contra toda esperanza.

También nosotros, desde Cristo, podemos decir: Señor sé que esto te duele como a mí y más que a mí; sé que tu me acompañas y me apoyas, y aunque no te sienta, sé que me acompañas y me sostienes con tu amor. En comunión con el Crucificado nos sentimos invitados a aliviar y mitigar en lo posible el dolor y la aflicción inevitables, abandonándonos confiadamente a Dios, frente a la fatalidad y amando desde el dolor.

Sabemos que la esperanza final ilumina nuestra experiencia dolorosa. En el horizonte está Dios Padre que ha resucitado a su Hijo Jesucristo, que quiere conducir nuestra historia dolorosa hacia la vida eterna en que no habrá ni llanto ni dolor (Ap 21, 4), hacia un día en que Dios sea todo en todos (1 Cor 15, 26. 28).

Saludamos, igualmente, con mucho amor a quienes padecen otra forma de sufrimiento que se deriva de la pobreza material y/o cultural consecuencia de la injusticia, de situaciones de marginación y exclusión social, de negaciones de la dignidad humana y de los derechos humanos, a todos aquéllos cuyos sufrimientos la sociedad desprecia, ignora o quiere acallar.

Siguiendo la enseñanza y el testimonio de Jesucristo queremos decirles que en sus rostros vemos a nuestros hermanos, vemos a los hijos de un mismo Padre, vemos el mismo rostro del Señor que se identificó preferentemente con ustedes (Mt 25); vemos a alguien que tiene una dignidad dada por Dios mismo y unos derechos que queremos respetar, defender y promover.

Deseamos manifestarles nuestro compromiso, trabajando con ustedes, para conseguir su promoción integral y para que puedan salir de la marginación y de la pobreza. Queremos comunicarles nuestro empeño por el desarrollo integral de cada persona, luchando contra la injusticia, trabajando por una sociedad más justa y solidaria, por una comunidad humana de hijos y hermanos.



11.- MENSAJE A QUIENES ESTÁN DESEMPLEADOS/AS

Nuestra Iglesia, presente en El Hierro, La Gomera, La Palma y Tenerife, reunida en Sínodo, les envía a todos ustedes, hombres y mujeres que están sufriendo el desempleo, o un trabajo precario, este mensaje de solidaridad y apoyo.

La Iglesia que conoce sus sufrimientos y sus luchas trabaja para que los derechos y la dignidad de cada uno de ustedes sean reconocidos por la sociedad. Quiere estar cercana a sus problemas e inquietudes haciéndose presente en los sitios más duros de nuestra geografía insular y en los barrios más empobrecidos de nuestras ciudades, ofreciendo gestos y acciones concretas para contribuir en la medida de sus posibilidades a resolver el problema del paro y sus efectos en las familias. Nuestra Iglesia en Sínodo, está empeñada en promover por todos los medios una cultura de la solidaridad: promoviendo un estilo de vida más austero, trabajando por el reparto del trabajo, evitando la acumulación de empleos, avanzando en la línea de compartir el propio trabajo, comprometiéndonos creativamente en la búsqueda de nuevas formas de trabajo.

Ustedes saben que no tenemos en nuestras manos la solución técnica del desempleo. Sin embargo, confiados en la fuerza del Evangelio lo seguimos ofreciendo a todos como el mensaje capaz de construir una sociedad más justa y solidaria, pues, *“con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos,...”* (Juan Pablo II, RMi 59).

No queremos dejar de reconocer y valorar el esfuerzo de tanta gente por defender el derecho al trabajo y todas las justas reivindicaciones relacionadas con el mundo laboral, la lucha de organizaciones y sindicatos que saben que cuentan con el apoyo de la Iglesia en su esfuerzo por una sociedad más justa y solidaria, donde se respete “la dignidad de la persona humana, imagen indestructible de Dios Creador (Juan Pablo II, SRS 47,5). A Él que-

remos confiar con nuestra oración esta necesidad, para que ilumine y guíe a los que tienen en sus manos las soluciones técnicas para promover y garantizar el derecho al trabajo y, especialmente, para que mueva los corazones de todos a la solidaridad con los que no tienen trabajo.

12.- MENSAJE A LOS EMIGRANTES

En este singular momento de nuestra vida diocesana, no olvidamos al considerable número de hijos de estas islas actualmente establecidos como emigrantes en cualquier lugar del mundo, de modo especial en los países de Ibero-América. Al concluir la celebración de nuestro Sínodo, queremos hacerles llegar un mensaje lleno de entrañable afecto, con los sentimientos de reconocida admiración y aliento.

La emigración ha sido un fenómeno permanente en estas islas desde los primeros momentos de su historia; ella ha influido en la cultura de nuestro pueblo canario y ha marcado hasta el talante mismo de su gente. Las satisfacciones y los dolores de la emigración han sido vividos por igual, tanto por los que han marchado, como por los que han permanecido aquí.

Nuestros emigrantes han sido en todo tiempo, merecedores de profundo respeto y de reconocido agradecimiento por su esfuerzo arriesgado en la partida hacia tierras desconocidas, impulsados por el deseo de una vida más humana para los suyos, muchas veces sin otra seguridad que su confianza en Dios y en la protección de la Virgen; y por su permanencia en las tierras que los han acogido, caracterizada por su trabajo realizado con tesón y sacrificio, y por su vida honrada y austera.

Nuestros emigrantes pueden sentirse satisfechos de haber sabido integrarse en los países donde han vivido, aportando a su cultura y progreso la colaboración de su trabajo, de sus virtudes humanas y cristianas y, muchas veces, la integración de su propia familia.

Por otra parte, nuestras islas agradecen la mejora de la vida económica que a supuesto la aportación del fruto de su trabajo, sobre todo, en algunos momentos de especial penuria económica para estas tierras. Con razón, algunos países, como Venezuela y Cuba, son sentidos por sus emigrantes como una segunda patria.

Todos estos logros se han obtenido no sin grandes esfuerzos, sacrificios y privaciones personales y familiares, y en no pocos casos, con hondos e intensos sufrimientos traumáticos en los individuos y en los hogares.

Tampoco podemos ignorar las dificultades que no pocas familias experimentan a su regreso a nuestras islas, para reintegrarse en la vida normal, a causa de la lentitud con que la administración pública suele llevar la tramitación del reconocimiento de los derechos laborales, escolares, o de otro género, de algunos de sus miembros.

En estos momentos, pedimos al Señor que lleve a su realización los proyectos y aspiraciones por los que luchan nuestros emigrantes; que, libres de rechazos nacionalistas, puedan disfrutar, en los países que los han acogido, del reconocimiento de los derechos que hoy se piden para los emigrantes; que, en todo momento, sepan contribuir, con su esfuerzo, al progreso de los hombres y del entorno cultural en que se encuentran; que, sobre todo, sepan siempre cuidar su fe, robustecerla y comunicarla mediante una actitud de cristianos comprometidos en las comunidades a las que pertenecen, bajo la guía de los pastores de las mismas; y que, en caso de regreso, encuentren una fraterna acogida y el pleno reconocimiento de su derechos como ciudadanos en su tierra.



13.- MENSAJE A LOS INTERNOS EN LOS CENTROS PENITENCIARIOS

Al finalizar nuestra asamblea sinodal, en la que les hemos tenido muy presentes, hermanos privados de libertad en los Centros Penitenciarios de Tenerife y de La Palma, y sin detenernos en las causas que le hayan llevado a perder este preciado valor humano, queremos llevarles la Buena Noticia de Jesús de Nazaret, su mensaje de amor:

- Dios es Padre de todos y por ello, todos somos hermanos.
- Dios es justo y misericordioso.
- Sólo desde el amor somos capaces de comprender esta forma de ser de Dios.

Pensando en ustedes, recordamos, también, a sus familiares y amigos que sufren por la separación obligada de un ser querido; a ellos queremos enviarles un mensaje de consuelo y esperanza, rogándole a Dios -Padre y Amor- por la pronta unión de todos los miembros de la familia.

Asimismo, queremos tener un recuerdo muy especial para aquellos hermanos que han sufrido en su propia carne o siguen sufriendo las consecuencias de acciones que ustedes no debieron realizar, y, esperanzados en la misericordia de Dios, les rogamos tengan presente las palabras de Jesús: *“Sean misericordiosos, como su Padre es misericordioso”* (Lc 6,36).

Igualmente nuestra Diócesis en Sínodo, en este mensaje, desea expresar su reconocimiento a todos los que trabajan laboriosamente por la plena reinserción de ustedes en la vida social.

Los miembros sinodales piden, asimismo, a la Comunidad Diocesana que continúe en oración y entrega para que todos seamos puente entre los de fuera y los de dentro, potenciando una verdadera Pastoral de acompañamiento, donde brillen con luz propia los gestos de amistad y amor, ya que al final del camino todos seremos juzgados en el amor.

14.- MENSAJE A LOS POLÍTICOS Y A LOS RESPONSABLES DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Al concluir nuestro Sínodo, la Iglesia presente en El Hierro, La Gomera, La Palma y Tenerife quiere dirigirse con confianza a todas las personas que sirven al Bien Común de este pueblo.

Queremos antes de nada manifestar nuestro respeto y aprecio a cuantas personas constituidas en autoridad quieren servir a la dignidad de cada persona y defender, promover y hacer efectivos los derechos de todos los miembros de la sociedad canaria.

Reconocemos el valor del poder legislativo al servicio de la dignidad de cada persona. Acogemos la tarea de quienes aplican rectamente las leyes. Estimamos la acción específica de todos aquéllos que desde distintos ámbitos trabajan en la vida pública renovando y transformando la sociedad, al servicio del Bien Común.

Nuestra Iglesia consciente de servir a un mismo pueblo quiere seguir promoviendo unas relaciones correctas de sana independencia y de mutua colaboración al servicio del Bien Común. La Iglesia no pide privilegios y favores especiales, sino respeto y libertad en su misión, para que sus miembros puedan realizar su vida cristiana, privada y públicamente, sin interferencia alguna.

A través del Sínodo, la Iglesia ha invitado a sus fieles a comprometerse cada vez más en todos los ámbitos de la vida pública desde la caridad política activa y operante a favor de un mundo más justo y más fraterno con especial atención a las necesidades de los más pobres.

No faltan en este sentido cristianos comprometidos que por razones evangélicas se entregan a tareas públicas, empeñándose en el bien de todos.

La Iglesia apoya una política que cuide, ante todo, la primacía de la persona; que defienda y promueva la justicia social; que se empeñe en favorecer los derechos y deberes de todos y cada uno, sobre la base de la dignidad integral del ser humano.

Valoramos la dedicación especial a los pobres, marginados y excluidos, a los mayores y ancianos, a los hombres y mujeres en situación de desempleo, a los inmigrantes, a los jóvenes sin horizonte, a los indigentes, a los colectivos “sin hogar”, a los indefensos, a los que sufren violencia, a los discapacitados.

Nuestra Diócesis espera de ustedes una gestión que defienda la vida humana desde su inicio hasta su término, que reconozca el papel de la familia y promueva su estabilidad, que reconozca a los demás grupos o sociedades intermedias, que posibilite la cultura y educación de nuestro pueblo, que promueva la paz y la no violencia, la justicia, la solidaridad, la auténtica libertad para la verdad y el bien.

La Iglesia quiere, finalmente, alentar la competencia, la moralidad y la transparencia en la gestión pública.

Sirvamos todos a este pueblo, buscando una civilización del amor, una cultura de la solidaridad, que asegure el bien integral de toda persona y de todas las personas.

15.- MENSAJE A LOS CRISTIANOS DE OTRAS CONFESIONES

La Iglesia Diocesana de Tenerife, convocada por nuestro Obispo para celebrar el Primer Sínodo Diocesano de su historia, y en el día de la Clausura, quiere dirigir su mirada y su palabra a los hermanos cristianos de otras confesiones que conviven con nosotros en esta sociedad canaria, cuando se cumplen exactamente treinta y dos años de la Clausura del Concilio Vaticano II y poco más de treinta y tres años de la promulgación del Decreto Unitatis Redintegratio, sobre el Ecumenismo.

Conscientes del dolor común que produce en todos los bautizados, hijos de Dios, la experiencia de la desunión y del sentimiento de perplejidad que genera en los no creyentes, agradecemos a Dios el signo esperanzador que en este final de siglo da la intensa dedicación compartida por todos los cristianos en la causa de la unidad.

Aunque la división actual tiene variados motivos y plurales fundamentos, y en la situación presente todos debemos sentirnos sinceramente responsables de la misma, la mirada debe ser de esperanza en el futuro. Al mismo Cristo Jesús, que nos ha manifestado la verdad de Dios para la condición humana y nos ha salvado por su gracia, tiene derecho a conocer y amar la humanidad entera; a todos y cada uno de los habitantes de nuestras Islas Canarias. Esta certeza misionera nos debe hacer subrayar lo que nos une que es mucho más de lo que nos distancia.

Nuestra asamblea sinodal ha tenido la intención de asumir la renovación conciliar entre nosotros. Hemos reflexionado sobre lo que Dios nos pide hoy como Iglesia y hemos aprobado propuestas operativas para lograr la renovación, la comunión y la misión de nuestra Iglesia. Sabedores de que es el Espíritu Santo el artífice principal de esta obra, con profundo sentido de comunión intereclesial y con la esperanza en promover ámbitos de encuentro mutuo y de oración compartida, queremos expresarles nuestro deseo de colaboración, de respeto solidario y de unidad en la caridad.

Nuestra identidad insular, marcadamente turística, nos sitúa en encuentro permanente con la pluralidad. Hay circunstancias en las que podremos colaborar juntos; existen dificultades sociales y culturales comunes a las que podremos ofrecer soluciones compartidas que nacen de la riqueza del Evangelio. El futuro milenio necesita de nuestra comunión y que ésta sea cada vez más profunda. Ésta es una llamada clara que hemos percibido en la experiencia sinodal vivida. Queremos compartirla fraternalmente con todos cuantos creemos, y proclamamos, a pesar de las diferentes confesiones concretas, la soberanía de Cristo como Dios y Señor de la historia, y su Palabra como fundamento y garantía de su voluntad salvífica.

Lo que decimos en el Credo sobre la Iglesia es, ciertamente, una expresión de la esperanza cristiana, basada en la promesa del Señor, de que la Iglesia entrará en el reino como pueblo de Dios uno, santo y universal. Pero es también una llamada al esfuerzo común por lograr que sea, históricamente, cada vez más una, santa, católica y apostólica.

Sabiendo que existen elementos claros de eclesialidad en todos cuantos confesamos a Cristo, queremos vivir, cada vez con mayor verdad, el deseo del Maestro: “Que todos sean uno, como tú en mí, Padre; que sean verdaderamente uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (cf. Jn 17, 11.21).

Asimismo, queremos hacer llegar a todos los miembros de religiones no cristianas presentes en nuestras islas nuestra sincera manifestación de cercanía y colaboración mutuas. La Iglesia Católica, que toma cuerpo y expresión en la Iglesia Diocesana de Tenerife, siente la necesidad de compartir con todos los creyentes el deseo operativo de servir oportunamente a los hombres y mujeres que conviven entre nosotros

16.- MENSAJE A LOS HOMBRES Y MUJERES DEL PENSAMIENTO Y LA CULTURA

Nos dirigimos a los hombres y mujeres pertenecientes al mundo del pensamiento y de la cultura para expresarles nuestra estima y el aprecio que tenemos de la noble función que desempeñan.

Deseamos que nuestras relaciones sean cada vez más cordiales y fructuosas en la búsqueda de soluciones para los grandes problemas de nuestra sociedad.

La contribución generosa de ustedes al progreso, a la ciencia, la técnica, las letras, la investigación, el arte en sus múltiples y variadas facetas, buscan construir una civilización moderna y cuenta con toda nuestra simpatía y nuestro aliento. Pensemos en los resultados de las investigaciones científicas, para un mejor conocimiento del universo, para una profundización del misterio del hombre, la educación en sus nuevas estrategias didácticas y metodológicas, el progreso inmenso en el conocimiento de la psicología humana, en la capacidad de curar enfermedades.... Son logros estupendos para honor de los hombres y las mujeres del

mundo del pensamiento y la cultura, entre los cuales se encuentran muchos hijos nuestros. Y todo esto ha beneficiado a la Iglesia en su vida, en su organización, en su trabajo y en su obra. Les damos las gracias por ello.

Pero, humildemente, creemos que esa civilización precisará también de una energía espiritual nueva, de un amor sin fronteras y de una esperanza firme. Aquí la Iglesia quiere contribuir con confianza en la ayuda de Dios.

En el Concilio, la Iglesia reconoció una ruptura dramática entre la fe y cultura. En nombre del Evangelio dicho Concilio comprometió a la Iglesia entera a ponerse a la escucha del hombre y mujer modernos para comprenderlos y promover un nuevo tipo de diálogo que le permita introducir la originalidad del mensaje evangélico en el corazón de la mentalidad actual.

El Primer Sínodo de la Iglesia Nivariense quiere afirmar que el diálogo de la Iglesia con las culturas reviste hoy importancia vital para el porvenir de la Iglesia y del mundo. Este diálogo es indispensable, pues de lo contrario, la evangelización se reduciría a letra muerta.

Es fácil constatar que el ser humano está amenazado en su ser biológico por el deterioro irreversible de la biodiversidad, por el riesgo de manipulaciones genéticas, por los atentados contra la vida, por la tortura y las injusticias... También está amenazado en su ser moral, sometido a corrientes hedonistas y consumistas, a una opinión pública manipulada por sugerencias engañosas de la publicidad; humillado, además por sistemas económicos que lo explotan; víctima de ciertos regímenes políticos o ideológicos que aprisionan el alma de los pueblos. Como cristianos, no podemos guardar silencio y debemos denunciar esta opresión cultural que impide a personas y grupos ser ellos mismos.

Todos buscamos la verdad y en esta búsqueda hemos de encontrarnos. Nosotros les ofrecemos la luz de nuestra fe, seguros de que será posible el acuerdo entre la verdadera ciencia y la verdadera fe. Ahí está uno de los principios que nos mueven: el de la evangelización de las culturas.

La Iglesia quiere continuar siendo creadora de cultura en su relación con el mundo moderno. Y en un plano pastoral, quiere iluminar y formar las conciencias de los cristianos, en primer lugar, pero también de los hombres de buena voluntad, sobre los principios fundamentales que garanticen una civilización auténtica y una fraternidad real entre los pueblos.

Pero hay un segundo principio: la defensa del ser humano.

Juan Pablo II, en un discurso en la UNESCO, nos ha recordado la necesidad de “afirmar al ser humano por él mismo, únicamente por él mismo y por su dignidad”. Y aquí hombres y mujeres de buena voluntad, creyentes o no, podemos colaborar: padres y madres de familia, educadores, estudiantes, hombres y mujeres dedicados a la causa de la paz, del bien común, de la justicia y la cooperación internacional. Investigadores que se consagran con constancia y rigor a sus trabajos útiles a la sociedad. Músicos, poetas, artistas sedientos y creadores de belleza.... podemos dialogar, podemos colaborar, podemos apoyarnos mutuamente en la defensa e impulso del progreso auténtico de la humanidad.

Nos espera una labor urgente para el siglo XXI:

1º) Restablecer los lazos que se han debilitado, y a veces roto, entre los valores culturales de nuestro tiempo y su fundamento cristiano permanente.

2º) Proseguir en el diálogo con la cultura y el pensamiento favoreciendo en todos los ámbitos culturales el intercambio de ideas y la asimilación de la pluralidad como fundamento del entendimiento, la tolerancia y la comprensión mutuas.

3º) Descubrir las dimensiones éticas de la ciencia y la técnica a fin de que todos los hombres y mujeres puedan beneficiarse de ellas con equidad, en un esfuerzo perseverante de solidaridad.

4º) Humanizar con el Evangelio la sociedad, urgiendo a los cristianos presentes en el mundo del pensamiento y la cultura, para que testimonien con coherencia fe-vida al Cristo Resucitado y contribuyan a construir un mundo más a la medida del hombre y de todos los hombres.

A todos ustedes, hombres y mujeres del pensamiento y la cultura, les invitamos a suscitar una nueva cultura del amor que es la fuente y la realización de toda cultura y de la esperanza inspirada en la verdad que nos hace libres. Ahí nos encontraremos, ahí podremos decir con el Concilio: *“Vuestro camino es el nuestro, vuestros senderos no son nunca extraños a los nuestros...”* (Mensaje del Concilio Vaticano II a los hombres del pensamiento y de la ciencia).

17.- MENSAJE A LOS PROFESIONALES DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

La Iglesia de Tenerife, reunida en el Primer Sínodo de su historia, saluda con afecto a cuantos trabajan en los medios de comunicación de nuestras islas.

Reconocemos y valoramos el servicio que los medios de comunicación ofrecen a la sociedad y a nuestra Iglesia Diocesana.

En este sentido, esperamos que continúen desarrollando su labor, con dedicación y entrega, al servicio de la información que demandan todos los canarios, y que en la sociedad actual es imprescindible para la vida cotidiana. Todos necesitamos estar informados, y todos tenemos derecho a recibir una información veraz, adecuada a nuestras necesidades de la que podamos fiarnos plenamente. Esa labor descansa fundamentalmente en los profesionales de los medios de comunicación y es una gran responsabilidad que todos los que la asumen deben afrontar con una preparación permanente, un exquisito cuidado en el respeto a la verdad, siendo fieles en la transmisión de la noticia y oportunamente constructivos en su comentario.

Constatamos con satisfacción que cada vez son más los profesionales que asumen en su tarea unos principios éticos que enriquecen la comunicación entre los hombres de nuestra tierra, y que el propósito de objetividad está presente en el ejercicio de tan importante y delicada profesión al servicio de la verdad.

Por nuestra parte, queremos recordarles que Cristo es en sí mismo y en su mensaje “Buena Noticia” para el hombre de ayer, hoy, mañana y siempre. Él, que es “camino, verdad y vida”, impulsa nuestra Iglesia Nivariense, ahora en Sínodo. Y en su nombre, la Iglesia Nivariense, misionera y comunicadora, les agradece que esta noticia sea conocida por todos y también su colaboración en la construcción de un mundo mejor, más fraterno, más justo, más solidario, y mejor informado cada día.

Jesucristo, Buena Noticia, modelo de comunicador, les ayude y acompañe, porque así *“como sal y como luz, darán sabor a la tierra e iluminarán el mundo”* (Concilio Vaticano II, Inter Mirifica, 24).

